



OBRAS DE RECONOCIMIENTO A JACQUES MARITAIN



UNA SABIDURÍA REDENTORA

Étienne Gilson

Étienne Gilson, gran filósofo católico e historiador de la filosofía, escribió este artículo en la renombrada publicación de filosofía tomista, 'Revue Thomiste', como colaboración al volumen de homenaje a Jacques Maritain. Tomo XLVIII, números 1 y 2. 1948

Hay filósofos que resisten el pensamiento de Jacques Maritain y tanto más firmemente cuanto que lo conocen peor; pero ninguno resiste su presencia. Es un punto sobre el cual nuestros nietos, menos felices que nosotros, tendrán que creernos bajo palabra. No todos sin embargo. Los más perspicaces sabrán reconocer en su pensamiento una presencia vigilante y atenta a los intereses permanentes de la Sabiduría. Lo tendrán entonces siempre con ellos.

No se hallará un metafísico que, como Maritain, encuentre en el contacto con los problemas eternos, el secreto de una tan perfecta familiaridad, apoyada íntimamente en las fuentes cotidianas de su tiempo. ¡Ni tampoco una cuestión, planteada en cualquier parte del mundo – por poco que traduzca una inquietud sincera por la verdad –, a la cual Maritain no dé respuesta y no comprenda! ¡Y no hay llamado alguno de los que tienen hambre y sed de justicia al cual su voz no se haya unido, sea que lo inspire César o Cristo!

Literatura, arte, ciencia, ética, política nacional e internacional – lugares naturales de un pensamiento atento a “*distinguir para unir*” –, todos los dominios de la vida y del pensar han sido habitados, explorados y reconocidos personalmente por él hasta el extremo límite de sus fronteras.

Entre tantos filósofos “modernos”, extremo punto de avanzada de un ejército de entusiastas pensadores enteramente ocupados en repetir lo que han leído en los libros “modernos” de verdad, nuestro “*anti-moderno*” no permite que se haga nada de grande o de auténtico, que ningún problema vital para el hombre sea planteado, que ningún drama humano se anide en algún punto del planeta, sin que la Sabiduría deje de transportarse con él allí para dar testimonio de la verdad.

¿Es Maritain un filósofo “*escolástico*”? No contemos con este *paleo-tomista* para destruir una leyenda de la cual su robusto humor saca inagotables satisfacciones. De todos modos, nunca ha dejado él sin demostrar que si la *philosophia perennis* debe a las escuelas el haberse conservado y transmitido, lo que no es un bien pequeño, le es preciso sin embargo salir de allí para vivir, esto es, para ejercer las funciones de intérprete, de consejera, de juez y de guía que le pertenecen a título de Sabiduría y de un modo tan completo que, para ella, es una sola cosa ser y ejercitarlas.

En esto me parece residir el secreto de una obra y de una vitalidad de las cuales algunos se admiran por no comprender su verdadera naturaleza, que es la naturaleza de la filosofía misma. Ellos se inquietan al ver fórmulas escolares inmóviles mudarse en armas temibles en manos de un soldado de choque, siempre listo para la lucha y cuyas imprevisibles ofensivas desbaratan las posiciones más

burguesamente caucionadas. Las posiciones tradicionales no gustan que se las inquiete, sobre todo si ello es para traerlas al justo sentimiento que deberían tener de sí mismas o para desgarrar los velos que han tenido el arte de tejer con los principios en que se fundan o para mostrar cómo salen de ellos consecuencias que preferirían no ver surgir.

Sabemos que un pensamiento filosófico digno de este nombre no es escolar ni tampoco, como se dice ahora, “engagé” o comprometido. Que el hombre mismo sepa “alistarse” en la acción, llegado el momento oportuno, nadie lo duda. Maritain lo ha hecho siempre en diversas formas, pero no ha alistado ni comprometido jamás su pensamiento en su acción; es ésta la que ha “enlistado” en su pensamiento y a tal unión deben una y otro su admirable fecundidad.

En cuanto a su pensamiento mismo, ¿qué podemos decir? No es su menor mérito el haber resucitado en el siglo XX un clima espiritual comparable al siglo XIII, en que cada uno decía la verdad de una manera tal que en el acto cesaba de pertenecerle. Entre aquellos de nosotros que, como yo, tanto le debemos ¿cuántos serían capaces de decir lo que le deben? Lo que deberíamos haber comprendido desde 1924, al leer las inagotables ‘Reflexiones sobre la Inteligencia y su vida propia’, ¿estamos seguros de que no lo haya comprendido, aun sin darnos cuenta, algún rincón de nuestro ser, que lo haya conservado inconscientemente, hasta el momento en que nos encontremos con la ilusión de verlo brotar espontáneamente como una llama?

Somos, en verdad, deudores de Maritain de idéntica manera que él mismo lo es respecto de Santo Tomás, nuestro común maestro. Por una paradoja incomprendible y hasta absurda en cualquier otro caso – ya que los maestros raramente se inspiran en una luz que no les sea exclusivamente propia –, cada uno de nosotros va por sí mismo donde su voz lo llama, en busca de una verdad en que las nociones de “tuyo” y “mío” no tienen ya sentido.

Nada hay, pues, digno que pudiéramos ofrecer a Maritain para agradecerle el hecho de haber roto los muros de nuestra soledad, por habernos inspirado el coraje de pensar que en ninguna época la verdad debe dejar de ser dicha y habernos probado, por el ejemplo, que juzgar lo que pasa a la luz de lo que no pasa, lejos de levantarnos contra nuestro tiempo, es la sola vía que nos conduce a lo que

en éste merece ser amado.

“Yo creo, escribía Jacques Maritain, en 1923, que Santo Tomás nos ha dado el medio de salvar - y sin permitir al error mezclarse allí - todo lo que hay de sanamente inmantado, de verdaderamente positivo aún en las aspiraciones más vacilantes de los profetas”.

En Francia, en Canadá, en Estados Unidos, en Latinoamérica, en todas partes donde se ha ejercido su acción milagrosamente fecunda, su creencia en la acción redentora de la Sabiduría ha llegado a ser por mucho la mejor establecida de las verdades. ¡Gracias le sean dadas! La admiración que le profesamos, que él conoce y que es más fuerte que ambos, la compartimos con muchos otros; no puede, pues, servir de homenaje personal.

¿Podríamos ofrecerle nuestro pensamiento? Sería devolverle, menos bello y menos puro, el canastillo de sus propios dones. No podemos verdaderamente ofrecerle aquí más que una sola cosa que sea del todo personal y del todo nuestra: nuestro afecto lleno de agradecimiento.